

Cuentos de mi viejo blog

Mauricio Mendez

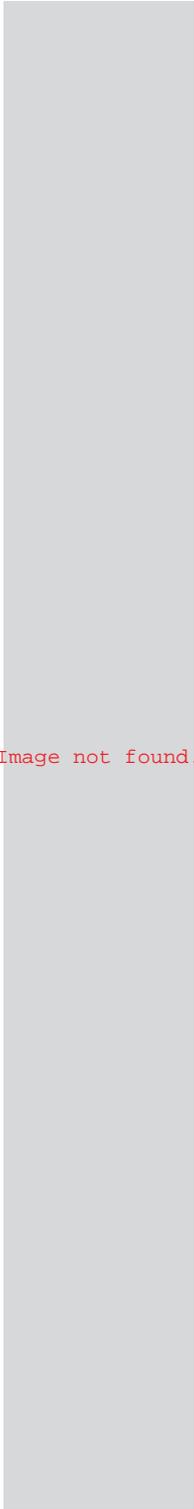


Image not found.

Capítulo 1

El cuento del juego del hombre y el mar

Cuentan los lugareños de esta playa que muy temprano, un hombre se sentaba a contemplar la salida del sol. La playa tenía muchas piedras sacadas por la marea, dando un aspecto incongruente con la composición mental de la imagen buscada por el hombre. Sin razón alguna, el comenzó a recoger piedras por un lapso de veinte minutos, las cuales iba tirando afuera de la playa, hasta dejar una zona libre de piedras.

Al día siguiente, la zona limpiada estaba otra vez llena de piedras. Nuevamente el hombre recogió las piedras y las tiró afuera de la playa. Así, sin reglas o acuerdos, se estableció un juego entre el hombre y el mar durante semanas, meses y años.

Durante ese tiempo, el cabello del hombre se fue plateando y el esfuerzo por recoger las piedras y lanzarlas afuera de la playa se volvía más evidente. Pero en su semblante nunca se evidenció impotencia o frustración ante la constancia cada vez más abrumadora del mar. Un día al fin, el hombre llegó a la playa y al ver que su oponente había cumplido con su papel como siempre, decidió no recoger más piedras.

Dándole la espalda al mar, caminó hacia el lugar donde por tanto tiempo lanzó las piedras recogidas. Ante él, se levantaba una montaña que había crecido insospechadamente gracias a sus aportes. Con mucha expectativa e ilusión, subió a la cima, hizo un pequeño montículo y se sentó.

La imagen era justamente como la composición en su mente. El aire, puro. Los colores, intensos. El silencio, imponente. El mar, infinito, abajo. Las piedras, ausentes.

Sin buscarlo, había ganado el juego.

El cuento de la Barbie esquivada

Érase una vez, en una fábrica de Mattel ubicada en algún recóndito país asiático, vino al mundo una muñeca Barbie Bailarina. Su madre fue una máquina que primorosamente colocó a ella y a sus hermanas de lote, un pelo rubio, largo y sedoso, ojos azul cielo y una sonrisa blanca como la nieve. Y de vestimenta, un tutú rosado, unas medias delicadas y zapatillas de ballet.

Todas las hermanas de lote fueron empacadas y enviadas a distintos lugares; a Barbie Bailarina la destinaron a un lugar inmenso que le llamaban juguetería. Ahí, la llevaron a un largo estante donde fue juntada con la Barbie Secretaria, Barbie Doctora, Barbie Actriz, Barbie Malibú y

otras más. De todas ellas, por su porte y vestimenta, la Barbie Bailarina era la mejor.

Por las noches, cuando apagaban la luz, todas las Barbies se juntaban a platicar sobre sus vestidos, quien era la favorita de Ken, etc. Pero había un tema particularmente misterioso, "el viaje". Según la más vieja del grupo, la Barbie Ponytail, el viaje era cuando una niña las escogía y compraba; luego ocurría "la gran luz". Qué pasaba después de la gran luz, eran especulaciones: matrimonio con Ken, vida en un castillo igual al que vendían al final del pasillo, guardarropas taqueados de atuendos, paseos en el carro deportivo.... en fin, nadie sabía exactamente de qué se trataba. Al final de las pláticas, antes de dormir, la Barbie Bailarina, considerándose más bonita que las demás, soñaba cómo sería la niña que la iba a escoger: ¿será rubia y de ojos azules igual que yo?, ¿tendrá mi tutú rosado con encajes?.

Durante el día, la Barbie observaba detenidamente si las niñas que se acercaban al estante eran igual a la de sus sueños. Si no lo eran, se escondía en el fondo del estante detrás de las demás Barbies, para que nadie se diera cuenta y así, evadir ser comprada. El tiempo pasaba, la niña soñada nunca aparecía y la Barbie Bailarina se volvía más esquiva. Mientras tanto, su tutú rosado perdía viveza y su piel plástica tornábase más amarillenta.

En uno de esos días de tanto esconderse, llegó la niña rubia y de ojos azules, a fisgonear en los estantes. Poco pudo abrirse campo entre tantas muñecas para que la niña anhelada pudiera escogerla. La Barbie Doctora corrió con toda la suerte y al fondo del estante, la Barbie Bailarina cayó en una profunda depresión. La melancolía se convirtió en su compañera hasta que una gran mano llegó y la tiró junto a otros juguetes viejos, en un gran cajón transparente con rotulo de "Remate". La Barbie estaba desconcertada, había sido exiliada. En el fondo del cajón transparente con su cara contraminada en la pared, miraba a la gente preguntándose *¿Por qué? ¿Ya no soy bonita? ¿Habrá algún nuevo modelo?*. Su ya preexistente amargura incrementaba al no sentirse querida.

Melancolía, amargura y hojas de calendario al basurero. Hasta que unos ojos negros se encontraron con la mirada distante y hueca de la Barbie. Era una niña morena y de pelo ensortijado, tirada en el suelo, viéndola a través del acrílico del cajón. Al reconocer a la Barbie, la niña salió corriendo adonde su mamá, a quien jalaba para que viera su descubrimiento. La Barbie Bailarina atisbó una luz de desconcierto: si esta niña no es la que he soñado, ¿por qué siento esta extraña sensación de ilusión?. La mamá introdujo su mano hasta el fondo del cajón y la echó en una carretilla. Las imágenes se agolpaban rápidamente: estantes, voces, ruidos, una banda negra sin fin, una bolsa plástica y luego, la gran luz....

Cuando la Barbie recobró el conocimiento, era de noche y estaba cobijada en una cama. La niña la tenía abrazada. Le decía cosas dulces y le participaba sus planes de juego para el día siguiente. Viendo la sonrisa de la niña, como si hubiera ganado un precioso trofeo, se sintió querida y satisfecha. Nunca la Barbie había estado tan feliz como ese momento. Eso era el viaje.

El cuento de la Barbie buscando un corazón

Érase una vez, una Barbie bailarina, hace tiempos esquiva, hoy mimada tal cual única muñeca del mundo. Era feliz con tanto amor prodigado pero se sentía como una oración sin adjetivos: hacía falta algo para encontrar el sentido final.

Una noche, desvelada por la falta de una explicación convincente, le contó sus dudas a un oso de peluche vecino, quien le dijo "Te falta un corazón". "¿Qué es un corazón?" le preguntó y el oso le contestó "Toca mi pecho". En la panza había un botón en la panza que al presionar hicieron que luces de varios colores acompañada de una música extraña, brotaran del pecho peludo. La Barbie se tocó el torso, buscando un botón y solo encontró plástico liso e inerte.

Se le ocurrió que talvez sus creadores escribieron algo al respecto en el librito de instrucciones que la acompañó desde la fábrica. Tomó de la mesa de noche un anillo lámpara de la niña, bajó por el edredón de la cama y entró en el closet adonde estaba la caja. Leyó el libro, que detallaba sobre el cuidado del pelo, accesorios, vestidos..... ¿y del corazón?.... nada.

Cuando se disponía a salir, oyó una débil voz al fondo del closet. Con el anillo lámpara, la Barbie alumbró un rincón: era una muñeca vieja, regordeta, de cara sucia, vestido raído, pelo motoso y enmarañado, que le dijo "Acércate preciosa, ¡Qué bonita eres!. Hace muchos años yo era igual que tú. Un día, mi dueña se aburrió de jugar conmigo y me abandonó en este rincón", quebrándosele la voz. La Barbie se acercó y con un pedazo de fieltro que arrancó de su tutu, limpió la cara, desenredó los nudos del pelo y quitó las motas de la muñeca. Luego se sentó a su lado y le platicó cómo era hoy la vida afuera del closet. La soledad es menos insufrible con un poco de atención. Pero tenía que regresar a la cama con la niña; la Barbie se despidió, haciendo con la muñeca la promesa de los deditos meñiques de que regresaría muchas veces más.

Saliendo del closet, se topó con un camión volcador de tierra que buscaba juguetes perdidos debajo de los muebles: "Pobrecitos, se quedan solos en la oscuridad y si nadie los busca, quedan olvidados; me han encargado estas rondas nocturnas pero mis faroles no funcionan bien. ¿Me podrías ayudar alumbrándome con tu lámpara?". La Barbie se subió a la cama del camión y con el anillo, revisaron debajo de todos los muebles de la casa.

Hallaron cuatro soldados, un carrito y dos canicas, todos ellos muy agradecidos del rescate. Después de la ronda, el camión dejó a la Barbie al pie de la cama de la niña y ella le prometió que le diría a Ken y sus amigos que formaran una patrulla buscadora.

A escalar el edredón se disponía, cuando tres muñecas, regalo del último cumpleaños de la niña, salieron al paso y la llevaron jaloneada debajo de la cama. Sucedió que eran nuevas y no hallaban cómo comportarse en los juegos de la niña, quien no las lograba ubicar en los roles requeridos. Por lo tanto, ya no les quería participar y tenían miedo a ser abandonadas como la muñeca del closet. Después de contestarles una tonelada de preguntas y explicar toditas las reglas para la hora del té de las princesas, el salón de belleza y otros juegos favoritos de la niña, la Barbie las dejó mucho más tranquilas.

Al fin la Barbie pudo escalar a la cama. La noche había avanzado demasiado y hacía frío. Aunque dormía tendidamente, la niña estaba mal abrigada; con un poco de esfuerzo, la bailarina arropó bien a la niña y quedose velándole el sueño. Sintió que algo palpitaba en su pecho de plástico, algo cálido, muy diferente a la música y luces del oso de peluche. "¿Será mi corazón?" se preguntó y tuvo la certeza que sí. Los pequeños servicios hechos durante esa noche lo habían echado a andar: las obras son amores y el amor es la energía que mueve los corazones.

Resultó que siempre tuvo un corazón; era su batería la que nunca había cargado. En un impulso antes ausente, besó ardorosamente la frente a la niña y se acostó a su lado susurrando "Yo también te quiero mi niña linda".

El cuento del mango que intentó ser manzana

Érase una vez en un parque, un árbol de mango alto y frondoso, cuyos frutos de color verde ruborizado resultaban muy apetitosos para los niños que se entretenían bajándolos a pedradas y para los adultos que pasaban el rato sentados en una banca cercana.

Un día, una joven se acercó a los pies del árbol y dijo: "Ojalá pudiera alcanzar un mango para comerlo" y se fue triste. El árbol de mango se enterneció ante el deseo y dijo "Debo complacerla". Bajó sus ramas hasta una altura donde cualquiera pudiera extender su brazo y tomar una fruta.

Al día siguiente, la joven regresó. Cuando vio que los mangos estaban al alcance de su mano, arrancó uno, peló su cascara y lo mordió. Puso una cara destemplada por la acidez, tiró al suelo la fruta y dijo: "Ojalá estos mangos fueran más dulces". El árbol se compadeció de la petición y dijo "Quiero complacerla". Reunió todo el azúcar que disponía y endulzó la

carne de sus frutas.

Al día siguiente, la joven regresó. Con un poco de desconfianza, cortó un mango, lo peló y mordió. Su cara se iluminó por la explosión de sabor azucarado en la lengua; ya en el último bocado, dijo con tristeza: "Tu semilla es muy grande y no pude comer más; ojalá esta fuera más pequeña". El árbol reflexionó un rato y dijo: "Puedo complacerla". Sudando pequeñas gotas de savia, logró concentrar toda su esencia hasta llevar la semilla al tamaño de un grano de frijol.

Al día siguiente, la joven regresó. Tomó un mango, lo peló y al comerlo, se llevó la gran sorpresa de la carnosidad aumentada de la fruta. Cuando terminó de chupar la pequeña semilla, dijo: "Ojalá que tus mangos fueran igual de rojos que las manzanas". Esta vez, el árbol ya estaba algo frustrado porque no lograba complacer completamente a la joven; aun así, decidió intentarlo. Sus ramas vibraron para botar los mangos que colgaban en ellas y en su lugar, efectivamente aparecieron unos mangos de un rojo intenso pero el esfuerzo impidió la perfección de la transformación y brotaron unos puntos café negruzcos que irrumpían la lisura y continuidad de la cáscara, de tal forma que la carne quedaba expuesta y atraía muchas moscas.

Al día siguiente, la joven regresó. Cuando vio los mangos moteados y el mosquero, puso cara de asco y se fue. El árbol se enojó: "Hice todo lo que me pidió, sobrepasando cualquier límite y ni siquiera probó un mango". Despechado, botó el resto de la cosecha y alejó sus ramas.

Desaprobando el resentimiento del árbol, el viento, asiduo amigo que mecía su copa, se acercó y le dijo: "Pssst, mango, ¿cuál es tu pena?. Date cuenta que es preferible ser un buen y auténtico mango, aunque no les gustes a algunos, que una imitación mediocre de manzana".

Percatándose de su error, el árbol rectificó y volvió a ser igual que al principio: un simple mango.

El cuento de los 3 zapotes

Érase una vez, un hombre muy sabio que caminaba sin rumbo. Sentíase muy cansado y no encontraba un lugar fresco donde descansar. Hurgó entre sus bolsillos y sacó 3 semillas. Se inclinó, hizo 3 pequeños agujeros con su dedo donde depositó una semilla, las enterró y vertió 3 gotas de agua. La tierra empezó a temblar y de ella emergieron 3 zapotes, robustos y de ramaje frondoso, que le proporcionaron al hombre sabio la sombra y la frescura que buscaba para su descanso. Finalmente, escarbó un hueco cercano y de ahí manó una fuente de agua fresca.

Los zapotes se encargaron de atender delicadamente a su ilustre huésped: con el movimiento de sus hojas alejaban a los insectos molestos, cualquier mal olor era atenuado con el aroma de sus flores, sus frutos

eran ofrecidos como alimento y botaban hojas secas al suelo para formar mullidas alfombras donde dormir. La paz y tranquilidad del lugar convertían al día y la noche en un lapso único que el hombre ocupaba para meditar y tocar preciosas melodías con su flauta. Así, el tiempo transcurrió hasta el día en que el sabio decidió partir y continuar con su camino. Los zapotes entraron en shock porque repentinamente, perdieron su razón de ser.

El primer zapote se entristeció tanto que sus raíces se aflojaron del suelo; poco a poco se fue inclinando hasta que un día cayó; las termitas se encargaron de degradar su orgullosa madera hasta convertirlo en un montículo deforme. El segundo y el tercer zapote continuaron esperando el pronto retorno del hombre sabio. Sin embargo, durante una gran tormenta, un rayo fulminó al segundo zapote y lo carbonizó, quedando un muñón negro y agrietado como vestigio de que alguna vez vivió ahí un hermoso árbol. Al quedarse solo, el tercer zapote se abandonó a cualquier suerte de destino y se dedicó a existir en un profundo ensimismamiento.

Un día, un lejano sonido quebró el trance voluntario del zapote y su conciencia flotó lentamente de regreso a la superficie de la realidad. Lo que escuchaba parecía la música de la flauta del hombre sabio. Pero no era él. Era un coro de pajaritos que habían anidado en sus ramas: grandes, pequeños, rojos, azules, amarillos, viejos, polluelos..... todos entonando la misma melodía en honor a su anfitrión dormido.

Aunque los pájaros no era exactamente lo que esperaba, el zapote comprendió que su despertar le concedía una nueva oportunidad. Extendió el tamaño de su ramaje, sacudió sus hojas secas y frutos podridos, avivó la fragancia de sus flores. Ya remozado, se dedicó a proteger a sus inquilinos, verlos nacer, crecer y partir hacia rumbos lejanos, atestiguando con gran felicidad el ciclo de la vida hasta que la madre naturaleza se lo permitiera.

Muchos años después, el rey del lugar decidió construir una carretera empedrada que atravesara todo el reino. En medio del camino proyectado, se erguía el último zapote y como era imposible rodearlo, fue talado. El carpintero real llevó el enorme tronco de color crema y betas achocolatadas a su taller y le construyó al rey un trono en cuyos lados, talló las imágenes de una leyenda que oyó de pequeño sobre un hombre sabio que recorría los viejos caminos del reino, tocando su flauta.

Al rey le gustaba su trono. No sabía por qué pero cada vez que se sentaba, su alma percibía una extraña alegría. La misma alegría de quien se reinventa una y mil veces para abrazar la vida a como venga.

El cuento del hombre que redujo el mar a una pecera

Érase una vez un hombre que le encantaba ver el inmenso mar azul. Con cada ocaso, regresaba a su casa preguntándose por qué el mar era tan bello y siempre deseaba poseerlo para su propio deleite hasta el final de los días. Como el hombre era un gran científico, ideó una manera de reducir el contenido de todos los océanos en una pecera. Montó una parafernalia de máquinas en una playa y comenzó su experimento: trabajaba, no dormía, intentaba, se equivocaba, se desesperaba, armaba y desarmaba.

De repente, una mañana, la gente de los alrededores no encontró al mar. Se había ido, así nomás. Se especularon muchas cosas: que era un castigo de Dios, un asalto perpetrado por extraterrestres o una confabulación transnacional. La verdad era que el hombre después de muchos intentos con sus máquinas de alta tecnología, logró concentrar toda el agua, peces y arrecifes en una pecera, y la había colocado en un pedestal cercano a la ventana de su habitación.

Al principio, el hombre, muy ufano por el sueño cumplido, se sentaba a contemplar la pecera, esperando desvelar el esquivo secreto de la belleza del mar. Con el paso del tiempo y varias hipótesis sin ángel en su haber, el enigma fue perdiendo interés, tanto así que la pecera quedó relegado a la esquina más recóndita de la reflexión y de la habitación.

Un día, de camino a casa, el hombre se detuvo en la playa que tanto le gustaba. Ahora era una grande y yerma extensión de arena. Las gaviotas que antes hacían múltiples filigranas antes de lanzarse en picada a pescar, parecían buitres dando vueltas en una rotonda imaginaria. La gente aburrida, caminaba entre ventiscas arenosas. Horrible. Sin sentido.

Ya en su casa, frente a la pecera, se sintió triste y consternado porque en su afán fracasado por entender, había arruinado la belleza del mar. Por eso, tomó la pecera y su parafernalia de máquinas, se instaló en la otrora playa y comenzó un experimento inverso: trabajaba, no dormía, intentaba, se equivocaba, se desesperaba, armaba y desarmaba..... y una mañana, de repente todos encontraron el mar, como antes, con sus peces, olas y coral.

Al igual que muchos parroquianos, el hombre volvió a sentarse cerquita del mar, justo donde las olas lamian sus pies, pero sin preguntarse conceptos superfluos. Porque la belleza, como muchas grandes e importantes cosas en la vida, es algo complejo de destilar en simples gotas de causas y razones. Fluye indómita e impredecible y habrá que nadar a su lado con reflejos atentos no para entenderla, sino para vivir la experiencia. Así, el hombre que redujo el mar a una pecera, decidió ya no perder el tiempo en cualquier suerte de cuestionamientos existenciales. Mejor construyó el mejor bote que le permitió su ciencia, extendió la vela y se lanzó a vivir el azul, la espuma y el salitre de su venerado mar.